

Territorio y Agresión. En los Nuevos Límites de la Cultura

Michel Romieux

La idea de límite y cultura parecen íntimamente asociadas a la de Nación y su Territorio. El estudio de la defensa de los límites definirá la independencia e influencia que se podrá ejercer en las relaciones limítrofes, del intercambio y conflictos con los vecinos. En general, los estudios están referidos a las relaciones internas, las formas y las estructuras del poder de un pueblo determinado que domina plenamente su territorio. Los conflictos de este siglo se han percibido como el enfrentamiento entre diversas economías imperiales e ideologías sobre el gobierno, dejando a un lado los problemas territoriales del contacto entre culturas y civilizaciones.

Si prescindimos de las economías e ideologías y nos referimos al concepto de cultura como unidad de estudio, veremos un panorama diferente de enfrentamientos con un origen histórico más antiguo y profundo. Las culturas son fenómenos que se desarrollan en el tiempo y en el aislamiento, hijas de una lengua compartida dentro de un territorio, de una normativa temerosa de lo extraño, con mitos justificativos en la infancia ligados al territorio, a sus límites, a su propia seguridad. Las formas de estratificación social dan como resultado el dominio y gobierno que expresan especializaciones de dominación y distribución de los bienes y servicios, que son la base política o de la distribución del poder. Estas estructuras son posteriores al lenguaje y forman parte del desarrollo cultural.

Los antropólogos sociales tuvimos éxito al imponer el concepto de "cultura", como una armazón para la comprensión del hombre y sus sociedades. La definición de cultura propuesta por Tylor, (1871), continúa siendo válida con sus múltiples transformaciones y reformulaciones. La cito textualmente: "conjunto complejo que abarca los conocimientos, las creencias, el arte, las costumbres, el derecho, así como toda disposición o uso adquiridos por el hombre viviendo en sociedad". La cultura es para nosotros la característica del Homo Sapiens. Se aprende y se hace parte de ella a partir del nacimiento, es decir, no se hereda genéticamente, se adquiere por el contacto social. La membresía dentro de una determinada cultura depende de la comunicación entre individuos que la componen, siendo la consecuencia del contacto entre niños, adultos y ancianos. Los límites de la cultura coinciden con su territorio y la extensión de la red social que hayan podido tejer sus miembros. La familia, el parentesco, clan, tribu, nación, imperio, etc., por medio de un lenguaje, una simbología común, la internalización

de un código de conducta, entre muchas otras condiciones, constituyen esa unidad que forman la sociedad, su cultura y su lengua.

La variedad de culturas es determinada por el aislamiento de los diversos grupos, su historia, así como por sus múltiples contactos. El desarrollo de la humanidad está jalonado por conflictos y agresiones de las culturas sobre el territorio de sus vecinos.

De estos encuentros o desencuentros culturales van surgiendo las civilizaciones, cuyo progreso se puede resumir como el conjunto de elementos necesarios para el dominio de los otros, ya sea por medio de la estratificación social, o/y como una imposición de la cultura dominante y tecnológicamente superior. La agresión y la violencia son un continuo histórico en el proceso civilizador e integrador de las culturas. Para el filósofo, el historiador, el cientista político y el humanista, la comprensión de la crueldad entre hombres como una constante, ha construido materia de profunda reflexión, estudios e investigaciones. El antropólogo, más cerca de la biología, la prehistoria y la etnología, se forma en estas disciplinas que le permiten refugiarse en ellas, tomando así la distancia necesaria como para esforzarse en ignorar la violencia de esta condición humana desde el lugar de un observador "objetivo".

Los estudiosos de las aves, fueron los pioneros que comienzan a develar los mecanismos de nuestra agresividad. En la década del 60, con Konrad Lorenz (1958-1971), y otros etólogos, se reintrodujo el estudio de los instintos básicos del hombre, como resultado de los avances en el conocimiento sobre la conducta animal. Sin rechazar la idea de la "cultura" y su transmisión, era evidente que esta era sostenida y soportada, por una serie de condiciones, definidas por la fisiología demarcadora de nuestra especie y de muchas otras. Primeramente, los etólogos descubren y aclaran los mecanismos de agresión y su necesidad para la existencia y continuidad de las especies. Las afirmaciones de Darwin sobre la supervivencia de los más aptos, se referían a las relaciones que se producen entre individuos y especies competitivas y cercanas, que ocupan un mismo medio ambiente y no a la relación entre depredador y su víctima.

La agresión es un impulso indispensable para el dominio y plantea la competencia y relación entre individuos de una misma especie, la llamada "agresión intraespecífica", y cuya finalidad es garantizar el uso del espacio indispensable a la vida. Para poder aproximarse sin provocar la agresión entre los individuos de las especies animales, existen "rituales" instintivos que los tranquiliza y permite las "vinculaciones" apropiadas para la reproducción, los espacios individuales y la vida social.

El instinto pasa a primer plano, es un condicionante sobre el cual se construyen las respuestas culturales. Como todos los seres vivos, el ser humano ocupa un espacio como animal social que no puede reproducirse ni vivir en soledad, posee un territorio que comparte con otros especímenes de su misma condición. Tanto la agresión intraespecífica, como los rituales vinculantes, ya no pertenecen al instinto, sino al comportamiento cultural. Su conducta sexual y la continua receptividad de la hembra, permite una relación prolongada que hace posible el lento crecimiento de sus crías en total dependencia, características que permiten al niño el complejo aprendizaje del lenguaje y la cultura. (Washburn y Devore, 1961)

Esta familiaridad permanente y condicionante de nuestra vida, produce fuertes vínculos entre los miembros de los diversos grupos: hombres, mujeres, niños, padres, madres, hijos, vecinos, miembros de la misma cultura, hablantes del mismo lenguaje, creyentes del mismo rito, patriotas de la misma nación o miembros del mismo partido. Entre ellos nacen lazos que se expresan al compartir ideales, formas de conducta y territorios. Se identifican entre sí por medio de saludos, de signos de afecto, se sienten parecidos, es decir, poseen una "identidad", ese "nosotros somos así"....."juntos pero no revueltos" dice la sabiduría popular. En nuestra necesidad biológica y cultural de socialización, cedemos voluntaria o involuntariamente, parte de nuestra territorialidad, que podemos definir como el espacio necesario para la supervivencia, espacio controvertido, ocupado por aquel con el que me vinculo. La estratificación social, conciente en el hombre, es el mecanismo que ordena la apropiación del territorio. Es decir que, entre los seres humanos, como entre las gallinas, existe un orden de picoteo, unos primeros y otros después, lo que se traduce en diversas formas de apropiación del espacio común, que a su vez se expresa en una complicada economía, reflejo de la estructura social y su simbología. La especie humana, al igual que algunos cánidos, conforma familias fuertemente unidas que comparten el alimento, transmitiendo además el lenguaje, instrumento fundamental de la cultura. La fuerza de este grupo se basa en el rechazo y en el límite que impone al extraño, que al no pertenecer a este conjunto debe ocupar un espacio vital diferente.

El "esprit de corps", fruto de los vínculos de consanguinidad y jerarquía de sexo y edad, son criterios de dominio al interior de la familia humana, pero las estratificaciones que se producen en los amplios conjuntos humanos obedecen a criterios de poder sobre el territorio y la habilidad para la explotación de sus recursos. En los animales territoriales la atracción sexual es una combinación de impulsos y seguridades del dominio sobre el espacio; la creación de una nueva pareja obedece a estos dos parámetros. La hembra controla el espacio interior del nido y el macho el exterior de éste, creándose las combinaciones necesarias para la vida social y la continuidad de la especie.

Edward T. Hall (1959), publica su teoría del espacio social en el que analiza la cultura norteamericana. Introduce un nuevo término: "proxémica", como la forma de definir las observaciones y teorías correlacionadas del empleo que el hombre hace del espacio. Según este autor, el espacio puede estudiarse en diversos niveles. "Infracultural", "pre-cultural", "microcultural", en los que transitamos desde lo casi instintivo a lo individual y a lo social. Es en este último nivel donde se desarrollan la mayoría de las observaciones proxénicas. Estos estudios nos permiten conocer el espacio habitacional y conductual, definido por causa específicamente, pues es en el individuo donde se manifiesta el uso espacial de las demarcaciones que definen la aproximación de su territorio y del uso social característico de cada cultura.

Una de las manifestaciones básicas del comportamiento cultural es la organización material de la habitación y la distribución de la habitación de las divisiones del terreno en las que se desplaza el hombre. Podemos hablar de espacios con carácter fijo, tanto al interior de las viviendas, como en el uso del espacio dentro de ellas, de la historia y la evolución de casas, edificios y predios. El mobiliario y su distribución, el empleo que hacemos de él, las formas de intercambio típicas de cada cultura, y que podemos

calificar de semi-fijo, y los espacios informales que están sobre-entendidos, cuyo uso social es especificado por la costumbre sin ser expresado ni verbalizado.

Más adelante, en un estudio conjunto, efectuado por Trager y Hall, (1956), se llegó a determinar la distancia reiterada de las formas de aproximación de los individuos con relación al rol y las acciones que desempeñaban. Estas distancias varían notablemente según la cultura y el status de los individuos. Podemos graduar estos contactos desde una distancia ínfima, distancia personal, distancia pública. Sobra entrar en mayores especificaciones, dentro de este artículo, pero sí debe quedar claro que aún dentro de nuestro propio e íntimo territorio nos vemos obligados a respetar determinadas normas para evitar la agresión entre aquellos que comparten un mismo espacio. Cada grupo, cada pueblo en el transcurso de su historia se ha visto obligado a implementar formas de gobierno que reglamenten las relaciones territoriales de los individuos que comparten un mismo espacio.

Habiendo diferentes formas de gobierno, simples o complejas, éstas cumplen con la función de ordenamiento, de hacer respetar una tradición y la conveniencia que se desprende de la cultura propia. La manifestación de la cultura, determina una conducta hacia aquellos que no comparten nuestro territorio, ya sea éste real o imaginario. Aquellos que no aceptan nuestras normas y que consideramos extraños a nuestro espacio, son objeto de desconfianza y rechazo.

La vida urbana, vieja en 7000 años, nos recuerda día a día los conflictos del convivir entre extraños, las soluciones parciales que crean los legisladores y el esfuerzo por proteger los miembros de la familia más cercana. La creación de una verdadera cultura urbana, que enseñe el compartir un mismo territorio, es un ideal que cada generación crea y pierde en un mismo tiempo. El mejor ejemplo que podemos encontrar es la mítica fundación de Roma en el 754 A. C. narrada por Fustel de Coulange ("La ciudad antigua", publicada por primera vez en 1864), basándose en los antiguos autores, Plutarco, Ovidio, Tácito, Catón el Viejo y otros. Cuenta como Rómulo, al trasladarse de Alba y reunirse con las otras cabezas de linaje, como primera medida excavaron una pequeña fosa, en la que colocaron tierra en común de las tumbas de sus antepasados. Sólo esta ceremonia bastó para que rivales ocuparan y convivieran en un mismo sitio. Creado éste y delimitado por el arado en la colina Palatina, se permitieron invitar a otros a vivir bajo su dominio a los pies de la colina Capitolina. Con el pasar del tiempo, se construyó una verdadera cultura, que siempre sobrepasó el límite urbano, siempre expansiva y agresiva en el momento en que se detenía este proceso, la agresión al interior del conjunto urbano y cultural expresándose en crisis políticas y en luchas por el poder.

Parece ser, que al llegar a un determinado umbral demográfico surgen las ciudades como territorios exclusivos para la habitación y producción secundaria, tendiendo a crear extensas redes intercomunicadas y necesarias al intercambio de bienes y materias primas. La ciudad necesita de las ciudades, desarrollándose entre ellas las estructuras de dominación que llamamos Estados, quedando en los espacios que conforman estas redes urbanas y sus límites, culturas primarias que escapan al movimiento general. Pero hay que diferenciar entre el campesino, soporte primario y dependiente del sistema urbano, y los grupos marginales a éste. El desarrollo del Estado-nación implica una

dictadura del mundo de las migraciones y de los cambios económicos y tecnológicos. Es una reestructuración de la sociedad y su estratificación en función de la producción secundaria y la decadencia política de la propiedad rural y la producción primaria.

No es objeto de este trabajo hacer una historia de la caracterización del fenómeno urbano como motor del desarrollo que va desde la sociedad folk a la posindustrial, pero sí podemos afirmar que el desarrollo de la ciudad y sus estructuras de poder coinciden con el ordenamiento territorial del mundo y el de las instituciones políticas y económicas que lo rigen. Podemos pensar nuestra civilización como un sistema de estados organizados en torno de sus ciudades, cuyos intereses económicos determinan la estructura de dominación sobre los territorios de las naciones. El movimiento general ha estado orientado a suprimir los espacios no integrados dentro del sistema, lo que aparentemente se ha logrado con la globalización, considerando como un sistema de comunicación de integración urbana. Pero, muy a nuestro pesar, continúan existiendo lugares que son marginales a la tendencia general o que se resisten cultural y lingüísticamente.

En principio, utilizamos el concepto de etnia, cuando nos referimos a una cultura indígena, originaria, y más aún, ajena al gran conjunto de Occidente. La realidad es otra. Nosotros somos también parte de una etnia en la que al interior de ella compartimos valores culturales fundamentales; conformamos un campo de comunicación e interacción y nos identificamos como partícipes similares entre nosotros y diferentes a los otros (F. Barth, 1976). Cuando hablamos de conflictos étnicos, establecemos la frontera entre dos colectivos distintos y un rechazo compulsivo. Así como el sentido de identidad nos hermana con otros, el sentimiento de etnicidad nos produce repulsa por los extraños y resistencia a los comportamientos desconocidos o anómalos.

En oportunidades se le atribuye al colonialismo el desarrollo de la Antropología. La realidad es otra, el estudio del hombre fue consecuencia de la toma de conciencia de la existencia y la dignidad de aquellos que no eran parte del mundo europeo. Fue el descubrimiento de nuestra identidad de Homo Sapiens; las observaciones partieron del contacto con las otras civilizaciones y la dignificación de éstas.

Durante siglos la humanidad se desarrolló en sociedades en las que tuvieron prioridad las relaciones primarias (cara a cara), donde sus miembros se conocían y se vinculaban por parentesco, vecindad, afectos, actividades, etc. En las que la identidad no es puesta en duda. A medida que la sociedad se urbaniza, complicándose en castas y clases, relacionándose con grupos ajenos de culturas y orígenes diversos, el sentimiento de seguridad va desapareciendo. La permanente adopción de técnicas, creencias, estratificaciones, formas de comunicación, etc., desdibujaron la primitiva sociedad, introduciendo una gran variabilidad que ya no hacía evidente la identidad individual compartida. Fenómeno antiguo. Camino por el cual transitamos al mundo actual.

Nuestras identidades son débiles, abstractas y complejas, al estar disueltas en una civilización que es la suma de muchas otras. Nuestra territorialidad, más frágil aún. Estos conceptos que en un momento de la historia fueron definitorios de nuestra cultura, ya no lo son. Pertenece por lenguaje, alianzas políticas, religiones, técnicas, etc., a

una familia de culturas muy diversas, caracterizadas por su permeabilidad a la adopción de lo nuevo y a lo extraño.

La grandeza de nuestra civilización es su variabilidad ecuménica y su facilidad en adoptar como propio lo ajeno, pero como individuos, carecemos de esa riqueza, debiéndonos conformar con una pequeñísima parte del contenido de las culturas que conforman el conjunto Occidental, sin olvidar los permanentes aportes Orientales. Siendo que cada uno de nosotros recibe y asimila solo un fragmento de esta suma cultural, que es en la realidad una variación aleatoria y segmentaria del panorama total, nos es difícil identificar y expresar nuestra solidaridad, como lo fue habitualmente en las sociedades tradicionales de las que somos descendientes. Nos percatamos de esa carencia de unidad que ataca el sentimiento de identidad, al no poder hacer coincidir lo sentido culturalmente con una vinculación definida como territorialidad efectivamente compartida.

La identidad individual está relacionada con el conocimiento de la propia cultura, de forma tal que permita la adaptación al cambio sin que su núcleo (su ethos) se debilite con las sucesivas adopciones e intercambios culturales. Las modernas comunicaciones, la evolución de las tecnologías, el intercambio de productos y las recientes transformaciones de la economía, nos sumergen en un cambio permanente, cada día más acelerado. El temor al contacto o la convicción de que éste se puede evitar, acarrea como consecuencia el debilitamiento de la adaptación a las nuevas realidades y formas culturales, la radicalización de los sentimientos de etnicidad (rechazo al extraño), una falsa solidaridad fundada en el temor de la pérdida del territorio (real o imaginario) y la defensa de costumbres cuya funcionalidad es dudosa, provoca la agresión entre comunidades étnicas y se convierte en síntoma de derrota a priori, en temor a pasar a ser un recuerdo histórico, al constatar la imposibilidad de controlar el cambio y las influencias foráneas. Este miedo a perder lo propio de nuestra identidad es el alimento de los fundamentalismos.

El tener sólidos lazos, poder expresarlos y que éstos sean correspondidos por signos claros de aceptación, es el ideal infantil y primitivo. Pero crecemos, nos afirmamos, nos hacemos adultos sociales, aunque solitarios en nuestras diferencias. Nuestro territorio deja de ser físico transformándose en un lugar simbólico como lo es el lenguaje, una religión, una bandera, o simplemente un conocimiento específico. Los límites de nuestro espacio pasan a estar dibujados en nuestra imaginación, en nuestra ansia de vinculación e identidad, en nuestra propia debilidad, en nuestro sueño involutivo hacia la simplicidad y seguridad de antaño. La diferencia entre un mundo elemental o primitivo y el nuestro, urbano y globalizado, se da en la inflexibilidad de la norma del primero y su referencia naturalista, y las infinitas alternativas del segundo, que conlleva el riesgo de una libertad sin objetivos. La pérdida de nuestras limitadas fronteras y la subjetiva seguridad que nos prestaban, la inseguridad ante lo desconocido tan deseado, son características del presente. En definitiva, la aceptación de una existencia de "puertas abiertas", es la oportunidad y el riesgo que se abre ante nosotros.

El mundo de la información, está destinado a aquel que ya posee las categorías que ordenan los datos, quedando excluidos aquellos para los que solo es un juego agotado y psicológicamente peligroso. La "ética" de la actual civilización, es la de entregar los parámetros que rigen el conocimiento de manera que pueda interpretar la realidad

que se le muestra sin restringir la libertad. El cúmulo de información, cuya cantidad supera ampliamente nuestra capacidad de asimilación, plantea un problema psicológico difícil de superar. Por una parte, existe la facilidad para adquirir toda clase de conocimientos, rompiendo el principio de la especialización que fue y es la base de la prosperidad humana. Y, por otra parte, estos mismos conocimientos adquieren una profundidad insospechada, que conduce a la mayor división del trabajo conocida, exigiendo la dedicación exclusiva a un fragmento mínimo de ese conocimiento. Aquellos que logran utilizar plenamente la información, son los que se especializan en una área específica, convirtiéndose en sordos y ciegos para todo lo demás. Individuos misteriosos relacionados socialmente solo a través de la asociación que les da abrigo. Los otros viven en una constante pesca milagrosa de fragmentos y pedazos de ciencias, noticias, ideologías, creencias, divertimentos, cuya abundancia hace difícil el formarse un criterio de selección. Generalmente, es el azar el determinante, cuando no existe una formación que oriente la organización de categorías selectivas.

El individuo se ve reforzado por los conocimientos que va adquiriendo, pero la variedad de intereses y contenidos rompe la unidad cultural, desmembrando el conjunto social. Ya no se comparte una misma y única visión de mundo, ni en la intimidad del hogar. Esposos y parientes, amigos y vecinos, ya no son solidarios en sus conocimientos, solo aparentan una unidad, solo quedan las buenas maneras y la inseguridad de la incomunicación, incapaces de diferenciar entre los niveles de información y de normatividad.

Los grupos de adolescentes más desfavorecidos de la sociedad, nos muestran gráficamente la angustia de nuestra época. Se reúnen en grupos de vecinos, inventan una subcultura, que se manifiesta en signos identificatorios, en tatuajes y marcas corporales, en jergas que piensan secretas. Marcan con signos, los grafitis, su sector y para afirmarse entablan conflictos con grupos que compiten por la misma calle o sus límites. En pequeño, repiten el esquema político que desde el lejano paleolítico hasta las últimas guerras, ha practicado la humanidad. Los conflictos internos, los solucionamos agrediendo y culpabilizando a nuestros vecinos. El conflicto interno, es decir la falta de flexibilidad cultural para aceptar la variabilidad, el no compartir los criterios básicos de las relaciones, las inagotables y complejas divergencias derivadas del incesante cambio, la debilidad en la identidad provocada por la información, se soluciona creando un enemigo en el que se proyectan nuestros defectos. Y así entramos en la segunda parte de la agresión humana: la utilización política del odio, de la animadversión. Es una historia reciente y continuada, ejemplificada en la noticia diaria, como para repetirla en estas páginas.

Una educación deficitaria, una ausencia de internalización de los símbolos y los códigos propios de cada cultura a la que pertenece el individuo, obliga a la dependencia de los aspectos externos del grupo social, de su territorio, la clase, y la deteriorada solidaridad parenteral. Nuestro mundo es renuente a la expresión física de las categorías limitantes tales como las unidades vecinales, familiares, clánicas o tribales.

Su declinar se inicia en la antigüedad histórica con la creación de las ciudades mesopotámicas y su aceptación a la presencia de los extranjeros, portadores de costumbres y mercancías foráneas; se continuó con la Grecia de los Reinos de Alejandro,

siguiendo con la Roma Imperial que amplió el concepto de romano, a miembro del imperio, y la idea de humanidad, definida por el Cristianismo y el Islam, como hijos de un mismo Dios. Ya no es necesaria la presencia física para la pertenencia a una asociación, a una comunidad. Es la comunicación la que define la participación. La tierra globalizada es un viejo invento, construido en la búsqueda de nuestra historia para ampliar los límites del conocimiento del mundo de los otros hombres y de la curiosidad de éstos por nosotros.

Lentamente, la religión se fue retirando de la lucha por el dominio de las naciones, dejando al ordenamiento jurídico y al estatal la distribución del poder dentro de las comunidades. Este poder fue un reflejo de la apropiación del territorio, fuente y origen de poder económico, el cual a su vez, genera el "honor social". La distribución de ese honor social, es la base de la estratificación en clases, estamentos y asociaciones económicas, que generan el orden jurídico y político. La estratificación esta relacionada con la "posesión" y la "no posesión" de la riqueza y su inestabilidad da origen a la permanente expansión necesaria al equilibrio de la estructura social.

La humanidad ha transitado del dominio territorial a la explotación física del mismo, convertido en materia prima de la tecnología y del maquinismo, hasta su transformación en símbolo y respaldo de la economía monetarista. El próximo paso debe ser el abandono de los espacios físicos, que han perdido su significado y prestigio, para ser reemplazados por límites semánticos, por grupos comunicacionales y colectivos vinculados en sus intereses parciales y específicos, pero conservando su apertura y ausencia de límites. Estos nuevos grupos deben estar receptivos a toda comunicación pertinente, evitando las apropiaciones del flujo comunicacional que conduce a la formación de nacionalismos, sectas y exclusivismos.

La historia del siglo por el que acabamos de transitar, deja atrás la justificación de las últimas luchas por defender territorios e influencias nacionales, herencias de las ambiciones imperiales de la apropiación del centro de un poder mítico. Después del sacrificio de millones de vidas, se está llegando a la creación de unidades multinacionales y a la fijación de límites más razonables y laxos, utilizando la comunicación como sistema vinculante de este proyecto globalizador.

La contrapartida de este gigantesco esfuerzo es que una gran parte de la población se mantiene marginada de este grandioso diálogo, conservando las estructuras de la etnicidad y la visceral desconfianza ante el extraño, dentro y fuera de su sociedad.

La ampliación del campo comunicacional es un ataque directo a la identidad del individuo, centrado en su propia cultura y no conciente de las adopciones de otras fuentes que tiñen su vida. Casi todo lo que no comparten despierta un temor que impulsa a la agresión, acentuando la solidaridad étnica, que ya se mantenía encapsulada y olvidada en los nacionalismos del siglo XX.

Existe una ecuación entre "identidad", concebida como un conocimiento de la propia cultura, y "etnicidad", como la exacerbación del temor al extraño, a mayor sensación de debilidad cultural de los individuos, un aumento del rechazo al otro. Esta

ambivalencia tiende a paralizar el cambio, al aferrarse a costumbres pasadas, rechazando las nuevas y constantes transformaciones.

Vemos agrupaciones religiosas que defienden sus creencias aferrándose al vestuario y a las herramientas de otro siglo, o movimientos regionales cuya defensa de intereses económicos derivan en étnicos o raciales. Religiones que se convierten en estados, estados que recurren a las viejas creencias para mover sus fronteras, o partidos que revuelven en el fondo de la historia animosidades que ya nadie recordaba, logrando así la fuerza necesaria para llegar al poder. Estos peligros deben de ser sorteados creando nuevas formas de asociatividad, que sin limitar la libertad de los individuos permita expresar políticamente las necesidades de la población.

A nivel del individuo, esta falta de identidad cultural, de seguridad en su pertenencia a un grupo, al parentesco, a una familia, a una condición de ser, repercute en sus actitudes debilitando su seguridad y adaptabilidad al cambio permanente que significa "vivir". En nuestra época son muy pocas las personas que pueden transitar su existencia sin sufrir profundos cambios. Característico de la vida moderna es el permanente contacto con lo foráneo, el desplazamiento por regiones y países, el uso de la novedad tecnológica, la glorificación de lo individual sobre lo colectivo, es decir, la anulación de lo familiar, lo étnico, lo regional, lo nacional, el abandono de lo habitual conocido por la inseguridad de lo nuevo.

El movimiento universal de llegar a crear una sola red urbana, caracterizada por la riqueza de información, no deja de tener sus enemigos, siendo los más peligrosos aquellos que se esconden en nuestro inconsciente cultural, en esa normativa aprendida en la cuna y de la cual no somos responsables. Las identidades no son un fantasma, actúan con una fuerza que nos tuerce la mano y nos llevan a objetar lo razonable y lo posible. Las estructuras de parentesco, clase, región, nación continúan existiendo. La etnicidad es un hecho, la preferencia por el pariente existe, el prejuicio de clase está incrustado en nuestros actos, la religión y las ideologías exigen la marginación de aquellos que no comparten las mismas fidelidades. Al hacerse difusa la nacionalidad, vuelven a surgir regionalismos, identidades, dialectos, etc., que creíamos olvidados.

Impulsados por la necesidad de acotar nuestro espacio, reemplazamos los límites perdidos por nuevas o viejas vallas. Las regiones, las razas, los grupos sociales se rechazan y se temen sobre la base de sus prejuicios. Así, vemos simultáneamente cómo las ciudades mantienen las unas con las otras una sorda lucha de prestigio y cómo al interior de ellas se tiende a la segregación por ingresos económicos u origen social. La lucha política no ha terminado, sólo ha cambiado de forma. Existen confederaciones de países (Estados) que ocupan un lugar central y una periferia que lucha por participar en el enriquecimiento general y en el poder que de éste se desprende, mientras los individuos segregados de sus relaciones primarias buscan defender sus libertades y derechos.

La tentación de limitar las formas modernas de comunicación con argumentos morales, piadosos, patrióticos, se percibe en la mayoría de las naciones de nuestra América. En estas sociedades se podría establecer una escala de modernidad, midiendo la aceptación o el rechazo a la información. Pero esta información generalizada,

globalizada, es la única esperanza de neutralizar la agresión en nuestro tiempo, permitiendo que ésta se convierta en la fuerza que permita continuar el desarrollo civilizador de las culturas. Todo intento de parte de grupos tradicionales, o de aquellos que ostentan el poder, de limitar la información o de controlar la comunicación, implantando diversas formas de censura, conlleva una involución cultural, que en el presente nos empujaría hacia el precipicio de lo negativo, para terminar aceptando lo inevitable: El cambio social, la variabilidad de los individuos y el esfuerzo permanente por aceptar al otro, al que piensa diferente, al que tiene costumbres extrañas, al que estudia o hace aquello que no nos interesa, al que no es como nosotros.

Volviendo a la biología, podemos ver la nueva comunicación como una adaptación a la crisis demográfica, a nuestro crecimiento exponencial. Continuamos siendo territoriales y sociales, prácticamente no tenemos problemas tecnológicos y la economía se está convirtiendo en una ciencia exacta. Así, vemos surgir los nuevos patriotismos étnicos, los argumentos racistas o clasistas, las sectas milenaristas, las nuevas ideologías y todas las formas de exclusión enemigas de la misma comunicación que les dio vida.

Quedan dos caminos a los estudiosos de la humanidad, que en oportunidades se confunden con opciones políticas de las culturas. El primero se encuentra en los tradicionales estudios casuísticos de las culturas y las etnias, su historia, sus conflictos y sus rivalidades. El segundo, es la visión ecuménica, generosa del desarrollo de nuestra especie, sin exclusiones, una suma general y ordenada de los esfuerzos del Homo Sapiens por superar su condición de depredador de la naturaleza y del hombre mismo, que termina en una comunicación que nos hermane y disminuye nuestras diferencias sin debilitar nuestro carácter.

Desde ese punto de vista percibiremos el Mito como el maestro que nos enseñó en la tierna infancia las categorías que ordenan la naturaleza y la sociedad, permitiéndonos el paso a las Religiones como aglutinantes de las normas y las esperanzas. Y por último la tecnología, desde el cuchillo hasta la acumulación de la experiencia en observación sistemática, que nos condujo a la racionalidad de las ciencias y a la búsqueda de la verdad posible.

La humanidad nunca ha dado un paso atrás. Continuaremos borrando fronteras y creando nuevas, siempre más amplias, más sutiles y sofisticadas. La agresión no desaparecerá. Es parte del proceso de apropiación del entorno, es el motor necesario de nuestra vida, es el cemento de lo social y nuestro mundo globalizado continuará soñando en la unidad de la humanidad, sumando las nuevas exclusiones hasta lograr una síntesis cada vez más eficaz que simultáneamente permita la expresión de la individualidad y de la solidaridad de la especie humana.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, Robert M. 1975

El origen de las ciudades (sept. 1960). En: *Biología y Cultura*, Herman Blume Editores, Madrid.

- Almond, G. A.** 1981 *Comparative Developmental Politics a Developmental Approach*. Cambridge University Press.
- Aron, Raymond** 1962 *Dix-huit leçons sur la société industrielle*. Gallimard, París.
- Barth, Frederike** 1976 "Los grupos étnicos y sus fronteras". F.C.E. , México.
- Bourdieu, Pierre** 2000 "La dominación masculina". Ed. Anagrama, Barcelona.
- De Coulanges, Fustel** 1923 "La cité antique". Librairie Hachette, Paris.
- Derry, T. K.** 1998. "Historia de la tecnología: desde la antigüedad hasta 1950" (cuatro tomos) Ed. Siglo XXI. Madrid.
- Esteva Fabregat, Claudi** 1984 "Estado, étnicidad y biculturalismo". Ed. Península, Barcelona.
- Fourastié, Jean** 1987 "Legrand espoir du XX siècle ". Gallimard ed. París.
- Hall, Edward T.** 1978. "La antropología del espacio: un modelo de organización". En psicología ambiental. Porshansky. Ed. Trillas, México,
- Huntington, P. Samuel** 1990 "El orden político en las sociedades en cambio". Paidós, Buenos Aires.
- Munford, Lewis** 1945 "La cultura de las ciudades". Emecé. Buenos Aires.
- Perrot, Dominique** y otros 1979 "Etnocentrismo e historia". Ed. Nueva Imagen, México, 1979.
- Powell, G.B** 1984 "Contemporary democracies. Participation, Stability and Violence". Harvard University Press.
- Tylor, Edward Burnett** 1972 "Sociedad antigua". En Antropología Lecturas P. Bohannan y M. Glazer, McGraw-Hill Interamericana España 1992.
- Suburn, Sherwood L.** 1975 "Utensilios y evolución humana". En Selecciones de Scientific American Herman Blume Ed., Madrid.
- Washburn y Devore** 1975 "La vida social de los babuinos". Herman Blume Ed., Madrid 1975.
- Wolf, Erik** y otros 1990 "Antropología social de las sociedades complejas". Alianza Ed. Madrid.